

— Me parece bien, — dijo el mayordomo.

— Pues si piensas como nosotros, dime los nombres de aquellos camaradas que pueden influir más de cerca en el ánimo de los tripulantes.

— Cosa fácil. El contra maestre Rolando es amigo mio, y tambien lo son los sargentos Dominguez y Fernandez.

— ¿Son gente dispuesta?

— Para todo. Son hombres de pelo en pecho; están aburridos de la larga permanencia que llevamos en esta costa, y arden en deseos de volver á su país, pero tambien ambicionan recompensas.

— Pues sus aspiraciones podrán satisfacerse, porque son justas.

— Manda, pues, lo que quieras.

— Esta noche á las nueve hablaremos los cinco en la proa de la nave

Capitulo LVII.

Lo que se llama tramar una conjuracion.

En situaciones angustiosas se buscan ávidamente motivos que halaguen y tranquilicen el corazon.

Y el mayordomo, que participaba del descontento general, dilató su pecho al escuchar las palabras de su amigo y paisano el escribano.

Tiempo le faltaba para hablar con el contra maestre y los sargentos.

Y como la vanidad es una de las grandes debilidades del hombre, tambien la sentia el mayordomo al darles á entender á sus compañeros la intimidad que tenia con el contador, y al hacerles ofrecimientos para el dia del triunfo.

El contra maestre y los sargentos se entusiasmaron con las proposiciones de éste, y todos convinie-

ron en comparecer al lugar de la cita á la hora señalada.

La noche estaba tempestuosa y un aire caliente abrasaba las naves.

En tales circunstancias, debia sentirse con más vehemencia la influencia atmosférica.

Los espíritus de los tripulantes estaban febriles y sedientos de venganza.

Sólo deseaban una ocasion oportuna para pronunciarse abiertamente contra su silencioso y discreto jefe.

Y poseidos de semejantes sentimientos, acudieron uno tras otro los conjurados al punto consabido, sin que nadie se apercibiese de que obedecian á una consigna.

En medio de un silencio profundo, aquellos cinco hombres no se vieron, porque las tinieblas de la noche no lo permitian; pero se sintieron reunidos.

El carácter de contador general de la expedicion, Diego Porras, no debiera dejarle entrar en confianzas con quienes tanto distaban de él por sus infimas graduaciones, ó sus modestos cargos; pero el hombre ambicioso prescinde de todas las consideraciones, en gracia del buen éxito de sus propósitos.

—¿Estamos ya todos?—preguntó.

—Todos te escuchan,—contestó el mayordomo con cierto aire de arrogancia, para dar á conocer á sus camaradas la familiaridad que tenia con el contador.

Los demás nada decian.

—Bien sabeis que, tanto mi hermano Francisco como yo, nos interesamos por la suerte de cuantos tripulan estas dos pobres y desarboladas naves.

—Ya les he hecho comprender,—añadió el mayordomo,—que quereis salvar á la gente del grave peligro en que se encuentra.

—Estamos agradecidos á vuestros deseos,—dijo el sargento Dominguez,—y podeis contar con nosotros.

En igual sentido se expresó el otro sargento y el contra maestre.

—¿Podré contar con vuestra reserva?

—Contad con nosotros,—contestaron.

—Entonces nada de lo que pienso debo ocultaros; pero quiero que vosotros me hableis con igual franqueza.

—Os escuchamos con atencion,—dijo el sargento Fernandez.

—No es un secreto el disgusto y la desesperacion de la gente que tripula estas dos desarboladas naves... Por algun tiempo se ha vivido con la esperanza; pero la esperanza ha desaparecido, y la ha reemplazado una realidad funesta. Las enfermedades del cuerpo y el abatimiento del alma van á concluir con la preciosa existencia de hombres jóvenes, á quienes debe sonreír un gran porvenir; de hombres que se han sacrificado y comprometido en esta arriesgada y penosa expedicion. ¿Y es este el premio de nuestros afanes? ¿Es esta la recompensa de nuestros sufrimientos?

—Teneis razon, teneis razon,—exclamaban las cinco voces.

—Callad, callad, que vuestro entusiasmo puede comprometernos. No sería prudente que diéramos la voz de alarma sin que antes hubiéramos apurado la paciencia y recogido pruebas plenas de que la actitud del almirante es terrible y perjudicial para todos. Si hubiésemos hablado á la salida de la canoa de Mendez y Fiesco, hubiera podido dudarse de la sinceridad de nuestras palabras; pero hoy os podemos revelar un secreto que entonces quizá lo hubiésteis puesto en duda.

—Decid, decid,—exclamó sediento de curiosidad el contramaestre.

—La única esperanza que os mantiene, y que mantiene vuestra disciplina, es el regreso de esa canoa y los socorros que en ella esperais. Pues bien; esa canoa no vuelve, esa canoa no volverá... El tiempo que ha trascurrido abona mis palabras; pero creedme: antes de salir esa nave, sabíamos que no volvería á visitar estas playas. Que no espere nunca el almirante una proteccion que le dé gloria y prestigio, con mengua de todos los que le acompañamos, corriendo tantos peligros y arrojado tantas contrariedades.

—Sin embargo,—se permitió decir Dominguez en tono de objecion, que queria ver resuelta,—el almirante revela en su fisonomía una gran confianza.

—Es verdad,—añadió el contramaestre;—pero yo creo todo cuanto nos está diciendo el señor contador.

—Vosotros no conoceis á esta clase de hombres. Comprenden de sobra el corazon de la gente sencilla é inexperta, y saben engañarla perfectamente.

—¡Quién lo diría!—exclamó uno de los sargentos.

—Meditad un poco, meditad un poco, y os convencereis de que no os engaño, y comprendereis que es verdad cuando os estoy manifestando. No os hablaría con tanta franqueza si no estuviera penetrado de que sabeis hacer buen uso de estos secretos, y de que puedo contar con vosotros para un plan en que todos estamos interesados igualmente.

Considerad bien las circunstancias en que se encuentra colocado el almirante, y vereis sin gran esfuerzo que su conducta no puede ser otra, si ha de conservar la fuerza de mando y el prestigio de la autoridad que está ejerciendo.

Conoce muy bien que nuestra aspiracion más vehemente es volver á España, y volver con dinero.

—Eso es justo,—dijo el mayordomo.

—Bien lo merecemos,—añadió el sargento Dominguez, que por lo visto era más ambicioso que compañero.

—Por eso mismo, y por que tanto mi hermano como yo apreciamos vuestra abnegacion y vuestros sufrimientos en lo mucho que valen, no podemos ver con indiferencia el fin que os aguarda si no se acude á algun medio extraordinario y enérgico.

Las palabras del contador eran un resorte poderoso que movia los efectos de aquellos cinco hombres, que por sus cargos respectivos podian ejercer una influencia muy directa en el ánimo de todos cuantos se encontraban en la dos naves, que estaban amarradas para prestarse un auxilio recíproco.

Habia, sin embargo, que vencer una gran resistencia: la resistencia que la gravedad y el sello del saber, que tanto resplandecian en Colon, oponian á todo proyecto de rebelion.

Y cuando el gran carácter está autorizado por una reputacion gloriosa é inmarcesible, entonces se reviste de una fuerza suprema, que para ser vencida exige otra fuerza colosal.

Los hermanos Porras no desconocian todo esto, porque son verdades de buen sentido y las comprende el hombre ménos versado en la ciencia de la sociedad.

Si no hubiesen conocido el ascendiente natural que Colon ejercia sobre la gente que mandaba, tiempo haria que hubieran puesto en práctica sus malas artes, y que hubiesen convertido en hechos reales y positivos sus siniestras y maquiavélicas intenciones.

Si la gente de la expedicion no se encontrara ya abrumada por el paso de tanta fatiga y de tanto sufrimiento, jamás se atreviera el contador á tomar una parte tan activa y directa en un plan tan alevoso.

Pero el sedicioso observa constantemente la situacion de todos aquellos con quienes ha de contar para realizar sus propósitos, y eso hicieron los hermanos Porras con los que tripulaban la nave.

Los cobardes son astutos, y su falta de valor la suplen con recursos miserables.

Diego Porras confiaba mucho en su compañero de infamia, el mayordomo, y para asegurarse más de su lealtad en tan desleal empresa, procuró conquistar su vanidad y su egoismo.

Habia halagado su vanidad mostrándose íntimo amigo suyo ante aquella gente subalterna.

Y habia seducido su egoismo, haciéndole grandes ofrecimientos.

Y sin embargo, la voz del contador, á pesar de ser una voz silenciosa, porque así lo exigian las circunstancias del momento, se apagaba muchas veces, porque el temor de que el almirante descubriese su infernal trama le aterraba horriblemente.

Así es que cuando alguno de sus oyentes le interpelaba para hacerle alguna observacion ó dirigirle alguna pregunta, temblaba y se agitaba convulsivo, y temia que aun con la oscuridad de aquella noche tenebrosa se conociese su turbacion.

—¿Cómo sois capaces de esperar los socorros de Mendez y Fiesco?—les decia.—Recordad bien el dia en que salieron. Bien podreis recordarlos con sólo ver la diferencia de vuetros semblantes. Entonces todavía conservábais el vigor y la vida que trajisteis de vuestro país; pero hoy las arrugas del dolor y del sufrimiento surcan vuestro rostro, y abundantes canas matizan vuestras pobladas barbas.

Pues esos socorros que esperais como la única tabla de salvacion, ya os lo he dicho, no vendrán nunca.

El almirante os está engañando, y tambien pretende engañarnos á nosotros; pero ha comprendido que con nosotros no jugará nunca, porque no somos gente ruda é inexperta.

—Tampoco nosotros,—añadió el sargento Dominguez, herido en su amor propio.